



DE ACTUALIDAD

Con la ayuda de Dios

Don Alfonso dijo en el Paraninfo de la Universidad de Madrid el día 1 de octubre que creía que se puede ser intelectual y buen español, y nosotros los motejados de intelectuales, podemos decir, en justa correspondencia, que creemos que se puede ser rey constitucional de una nación cualquiera y buen ciudadano de ella, buen patriota. “Porque todo es posible para Dios”, que dijo Cristo Nuestro Señor (Marcos X, 27) en un caso análogo.

¿Análogo? Sí, y es que después de haber sentenciado aquello de que es más difícil que entre un rico en el

reino de los cielos que el hacer pasar un camello por el ojo de una aguja (o que enhebrar por ésta un calabrote, como quieren otros interpretar), como se espantaron sus discípulos, y aun más los ricos, templó la dureza de la sentencia diciendo que eso es imposible para los hombres, pero no para Dios.

Y así creemos que con la ayuda de Dios, y no sin ella, puede un rey llegar a ser buen ciudadano, aunque ello en sí, y de un modo puramente humano, sea tan difícil como el que entre un rico en el reino de los cielos.

¿Y cómo obtendrá un rey esa ayuda de la gracia divina para poder ser buen ciudadano y patriota? Lo primero, creyendo en Él, en Dios. Que es creer en la Justicia. Porque Dios es la Justicia y la Verdad.

Claro que no basta invocarle de pico y ante un reportero, en una entre-

vista de reclamo y de disculpas, y para que el reportero lo haga saber al pueblo. Lo que implica que se cree que el pueblo no se fía de tal supuesta creencia. El ex káiser Guillermo de Hohenzollern acostumbraba invocar a Gott, su Dios, diciendo: “Gott mit uns”, “Dios con nosotros”—no “nosotros con Dios”—; pero es que creía que Gott era su secretario de despacho en el reino de los cielos, su ministro de ultratumba. Y un rey al que le hayan enseñado que lo es por la gracia—o la G., que dicen nuestras monedas—de Dios, puede caer en la tentación de

imaginarse que Dios es uno de sus ministros o acaso uno de los validos de su camarilla. Lo que equivale a creer que la justicia depende de él, del rey, y no él de la justicia. Y esta creencia es el fundamento del despotismo, sea absoluto, sea constitucional.

Aunque entendemos que un rey puede ser, con la ayuda de Dios, buen ciudadano y patriota de la nación en que reina, creemos firmemente que es mal ciudadano y mal patriota un rey constitucional que tolere que la Constitución esté en suspenso, yacente y no vigente. Peca contra la justicia, es decir, peca contra Dios, el rey que permite que a su nombre se suspendan arbitrariamente garantías de justicia.

Los buenos intelectuales, es decir, los buenos patriotas, los mejores españoles, los liberales, creemos que no hay patriotismo donde no hay justicia, y que no hay justicia donde se encarcela a esos a quienes se llaman sospechosos o a los que se les supuso estafadores porque cobraban cuotas de sindicatos, suposición monstruosa y que acusa el más incivil y bárbaro sentido de la arbitrariedad despótica. Y un rey constitucional que tolere que a su nombre se procese por estafa a esos cobradores de cuotas no puede parecernos un buen ciudadano, ni un buen patriota. Donde tan bárbara declaración oficial empiece a surtir efectos, poblando las cárceles de inocentes, está justificado, señor, el más negro pesimismo patrio.

Y vale la pena fijarse en esto de la estafa, y ver si no sería estafa también cobrar “determinados elementos” cuotas de Juntas de Defensa, si no lo son ciertas suscripciones llamadas patrióticas y ciertas cuestaciones de una voluntariedad compulsiva y coaccionada para hacer regalos a restauradores del orden de la injusticia o a sus hijas.

Y todo esto, señor, todo esto es lo que hay que estudiar—y aun obsecarse en su estudio—para llegar a ser buen ciudadano y buen patriota. Que el rico podrá entrar en el reino de los cielos con la ayuda de Dios y si le sirve; si sirve a la justicia.

No es lícito autorizar, en ninguna forma, la injusticia. El derecho de ejercer el veto soberano es una obligación en ciertos casos. El poder personal, debe pesar cuando se trate de evitar la injusticia. Es la única manera de ser buen ciudadano desde ciertos altos puestos.

MIGUEL DE UNAMUNO

